

Tlatelolco a través de sus objetos: entre la modernidad y el patrimonio cultural

E La dimensión antropológica del objeto

En tanto incluye una dinámica de interacción con lo humano¹ —acciones, sentimientos, usos, predilecciones, eventos, consecuencias—, el objeto es un vehículo, un medio que permite evocar creencias, historias singulares e imágenes colectivas, y no únicamente las funciones precisas asignadas a cada uno de ellos: “la antropología del diseño tiene como finalidad explorar lo que vincula lo humano con el objeto, aquello que guía la creación de las cosas, sus usos y el lugar que guarda en la memoria de la comunidad”.²

Un diseño puede ser original o provenir su reproducción de un antecedente; sin embargo, un objeto será la expresión legítima de un modo de vivir y ver el mundo que configura la vida material, así como las ideas. Así, Francisco García menciona que la forma apropiada de definir el *diseño* se situaría como un elemento del lenguaje cuyo fundamento es la arbitrariedad, el convencionalismo, donde todos los términos de un lenguaje fueron originados mediante el arbitrio de alguien, en la aceptación o convención de todos los que formaban el grupo en comunicación, en el uso del término con una significación y el acuerdo de los demás para darle uso.³

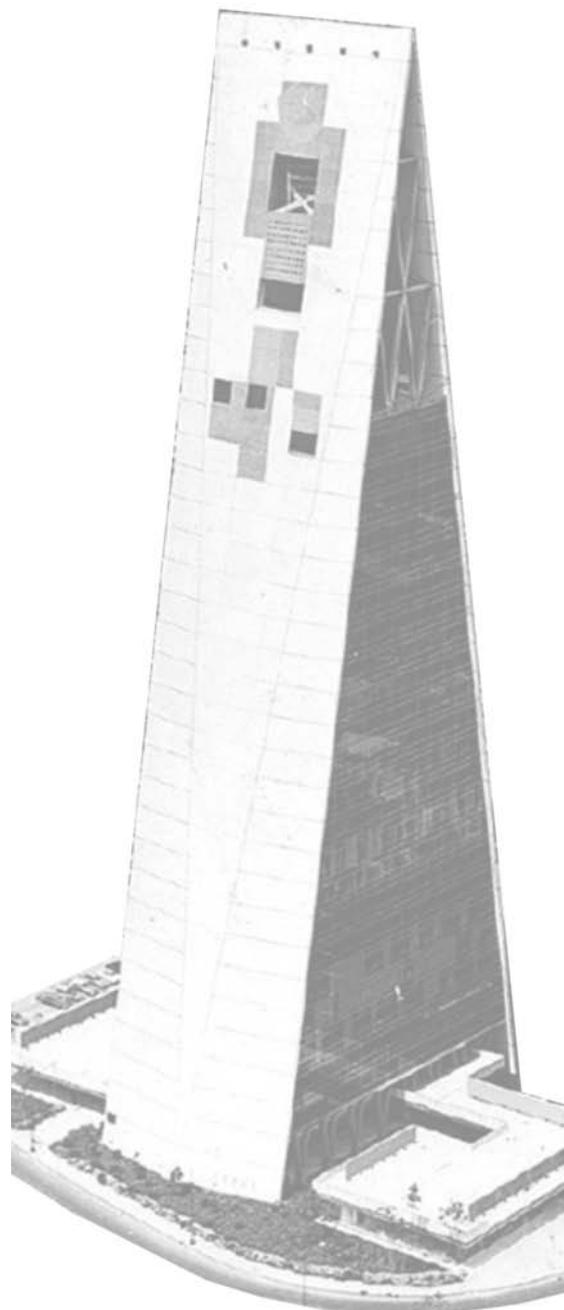
A partir del diseño de un entorno construido, los objetos que lo integran permiten introducirse en una dimensión espacio-temporal que se hace presente con el rostro y escenario de un vínculo particular. Este vínculo se da entre la idiosincrasia y la biografía atribuidas por las personas, que encuentran en las clasificaciones tres tipos de oposiciones: 1) medio ambiente construido o medio ambiente artificial en relación con el ambiente natural; 2) cultura material en oposición a la creación de una producción intangible de cultura espiritual, y 3) producción artesanal frente a la producción industrial.⁴

¹ Fernando Martín Juez, *Contribuciones para una antropología del diseño*, Barcelona, Gedisa, 2002.

² *Ibidem*, p. 23

³ Francisco García Olvera, *Reflexiones sobre el diseño*, México, UAM-I, 1996.

⁴ Fernando Martín Juez, *op. cit.*



Para el objeto de estudio de este artículo, el uso de la noción de diseño y objeto toma relevancia dado que la implantación de un nuevo entorno construido en Tlatelolco proponía un ambiente, una nueva fórmula de relación con los objetos y una cultura a seguir como modelo de hábitat en la ciudad de México para “personificar las relaciones humanas, poblar el espacio que comparten y poseer un alma”.⁵

El modelo propuesto por Jean Baudrillard se basa en una primera dimensión de análisis, la del hogar y la relación de los objetos al interior de ella. Sin embargo, ese objeto relacional es de gran utilidad al subirlo de escala y dimensionarlo en un entorno construido o ambiente diseñado de un proyecto urbano del modernismo arquitectónico, pues en la creación o fabricación el ser humano —como el mismo arquitecto— se convierte en transustanciador de la naturaleza mediante la imposición de una forma que es cultura, debido a que desarrolla las estructuras del ambiente a partir de los valores que la integran.

El diseñador de un proyecto urbano le imparte un sello característico que lo hace diferente a los demás. Partamos primero del color, en gran medida su sentido fuera de sí mismo: es metáfora de significados estructurales clasificados, que se pueden encontrar en el color natural, el funcional, o los tonos cálidos y fríos. El material es otro valor del ambiente, pues los materiales naturales u orgánicos han encontrado su equivalente en sustancias plásticas y polimorfos: “colores, sustancias, volúmenes, espacio, este discurso ambiente afecta al mismo tiempo a todos los elementos en una gran recombinación sistémica”.⁶

Ciudad Tlatelolco, el símbolo de México

El Conjunto Urbano Nonoalco Tlatelolco, inaugurado el 21 de noviembre de 1964 por el presidente Adolfo López Mateos, se erigió como la obra más ambiciosa jamás construida por el gobierno mexicano; para su diseño, único en América Latina, fue

comisionado el arquitecto Mario Pani Darqui, bajo influencia de ideas y miradas utópicas de la modernidad arquitectónica europea⁷ que visualizaban nuevos tipos de hábitat. Esto implicó introducir la verticalidad como símbolo de la modernidad, junto con la creación de centros urbanos de gran densidad demográfica, a fin de solventar los importantes retos que implicó el desarrollo y expansión acelerada de las grandes concentraciones urbanas.

Durante los inicios de la década de 1930, Le Corbusier presentaba una nueva versión de su ciudad ideal en su plan para la *Ville Radieuse* (ciudad radiante):

[...] se trataba de una propuesta centralizada y densamente poblada, aunque la mayor parte de su superficie se concedía a áreas para el ocio y el descanso: parques, zonas de juego, deportes, entretenimiento. Con apoyo en sus primeras teorías, Le Corbusier también incluía amplios caminos para facilitar la circulación del tráfico, y fuera entre el campo y la ciudad o entre los distintos lugares de la ciudad aunque reservaba para los peatones vías separadas de los automóviles; de esa manera, desaparecía la calle tradicional. Asimismo, como en los utópicos planes renacentistas, el orden social se expresaba mediante la simetría y geometría simbólica. Incluso una imagen antropomórfica, compuesta por espina, brazos, corazón y cabeza, organizaba implícitamente la totalidad del conjunto.⁸

Así, el espacio de Nonoalco-Tlatelolco estuvo destinado al “proceso general de regeneración”⁹ desencadenado durante el sexenio de López Mateos. La “zona

⁷ “En 1924 los arquitectos mexicanos se iniciaron en el estudio de las posibilidades de la construcción en serie. Las investigaciones nacionales tuvieron como punto de referencia los logros obtenidos por los europeos en esta materia a finales de la Primera Guerra Mundial; las teorías funcionalistas que proclamó el movimiento moderno en arquitectura en Francia y Alemania sostenían como principio fundamental del proceso creativo la idea de la forma derivada de la función [...] es decir, desde el comportamiento humano dentro del espacio, determina la forma de la estructura arquitectónica”; Graciela de Garay, *Modernidad habitada: multifamiliar Miguel Alemán. Ciudad de México, 1949-1999*, México, Instituto Mora, 2004, p. 15.

⁸ *Ibidem*, p. 27.

⁹ Mario Pani, “Conjunto Urbano Nonoalco-Tlatelolco. Regeneración urbanística de la ciudad de México”, en *Arquitectura-México*, núm. 72, 1960, p. 185.

⁵ Jean Baudrillard, *El sistema de los objetos*, México, Siglo XXI, 2010, p. 14.

⁶ *Ibidem*, p. 42.



Figura 1. Publicidad de materiales asociados a la construcción de Nonoalco-Tlatelolco, publicados en *Arquitectura-México*, núm. 80, 1962, y núm. 85, 1963.

central de tugurio¹⁰ comenzaría a dismantelarse para dar paso a “células urbanas”¹¹ donde se ubicaron unidades habitacionales. En los terrenos de Nonoalco y Tlatelolco (figura 1) Pani acometió un megaproyecto que simbolizó la regeneración urbana en México.

El Conjunto Urbano Adolfo López Mateos fue inaugurado el 21 de noviembre de 1964, y los principales diarios capitalinos mostraban así la noticia: “Aspira este monumental conjunto urbano a ser símbolo de la grandeza de México; ambicioso, nuevo y distinto ensayo de regeneración masiva de una gran zona degradada y solución de grandes ingentes problemas sociales”.¹² La también llamada Ciudad Tlatelolco se

consideró como proyecto “piloto”, era el punto de partida para un plan más ambicioso cuya finalidad era la regeneración total de la ciudad de México. En palabras del presidente Adolfo López Mateos, el conjunto representaba “una revolución pacífica”, ya que así se evitaba una revolución violenta. El diseño de la unidad estuvo influenciado por el proyecto político del Estado mexicano en turno y se decidió dividir la unidad habitacional en tres secciones, como símbolo de tres etapas trascendentales en la historia nacional, identificándose así el proyecto histórico del presente con el pasado.¹³

Cada uno de los tres edificios, divididos en tres secciones, contaban con el nombre de un personaje ilustre de acuerdo con la época. A la primera sección se llamó “La Independencia”, a la segunda “La Reforma”; y a la tercera “La República”, subdivididas a su vez en las entidades federativas, representadas en los edificios que abarcaba. En el discurso inaugural de la unidad habitacional, Guillermo H. Viramontes, director general del Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas (Banobras) dijo: “a 443 años de distancia, da usted (presidente López Mateos) nueva vida a Tlatelolco al poner en servicio esta imponente ciudad erigida dentro de la gran capital, junto a las mismas piedras venerables de nuestros antepasados, exalta la dignidad y el heroísmo de nuestra raza”.¹⁴

Viramontes mencionó que el área total construida en las diversas plantas de edificios alcanzaba la cifra de 1.13 millones de m², superficie que podía albergar fácilmente una población superior a 80 mil personas, cantidad que a mediados de la década de 1960 superaba el número de habitantes de ciudades como Querétaro, Mazatlán y otras de esa importancia.¹⁵

Dentro de este contexto de regeneración y modernidad urbana, la torre insignia —mejor conocida por los habitantes de la unidad habitacional como torre

¹⁰ En 1958 el Instituto Nacional de Vivienda publicó los resultados de una investigación realizada para precisar las deficiencias habitacionales en el área central de la ciudad de México, donde analizó la deplorable situación del inquilinato central y dándole el nombre de “herradura de tugurios”, se define al “tugurio” como la vecindad de cuarto redondo que predomina en estos barrios, donde 45 por ciento de las viviendas debían de ser demolidas y solamente 25 por ciento ofrecía condiciones aceptables de habitabilidad; Miguel Ángel Márez Tapia, “La unidad habitacional Nonoalco Tlatelolco. Memoria y apropiación del espacio urbano”, tesis, México, ENAH-INAH, 2010. A este diagnóstico de corte higienista se articulaba una política de “erradicación del tugurio”, es decir de las vecindades, sinónimo de “hacinamiento, condiciones de vida infrahumana que llevan al aniquilamiento moral de sus habitantes, al vicio y a la destrucción de familia”; Salvador Alfaro Martínez et al., *Problemática urbana y reconstrucción de la unidad habitacional Nonoalco Tlatelolco*, México, UAM-X, 1987, p. 38.

¹¹ Manuel Larrosa, “Conceptos expresados durante las charlas de Mario Pani”, en *Mario Pani, arquitecto*, México, UAM-A, 1999, p. 29.

¹² *El Nacional*, 22 de noviembre de 1964, p. 8.

¹³ Enrique Florescano, “La creación del Museo Nacional Antropología”, en *Patrimonio nacional de México*, México, FCE/Conaculta, 1997, t. II.

¹⁴ *El Nacional*, 22 de noviembre 1964, p. 8.

¹⁵ *Idem*.



Figura 2. Torre de Banobras, 1966 (foto de Armando Salas Portugal publicada en Cristóbal Andrés Jácome Moreno, *op. cit.*, p. 99).



Figura 3. Mural de Carlos Mérida con motivos en la cubierta lateral.

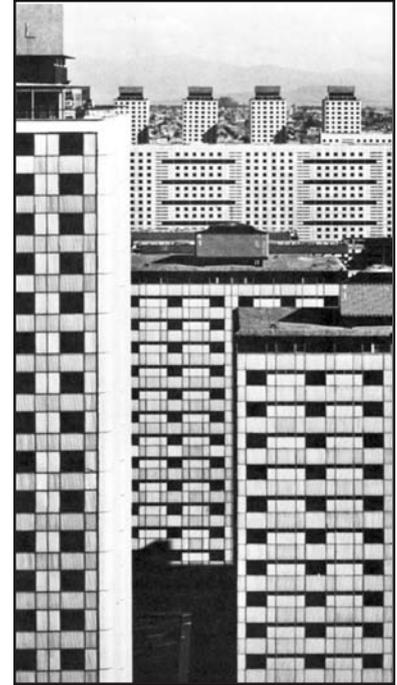


Figura 4. Armonía geométrica de Tlatelolco (1965).

Banobras— era el edificio distintivo de Nonoalco-Tlatelolco: “Pani conocía bien la importancia de las torres para imprimir un sello identitario a los proyectos urbanos y había comprobado su fuerza discursiva con la torre de Rectoría en el campus de Ciudad Universitaria, y las Torres de Ciudad Satélite”.¹⁶

La torre de Banobras (figura 2) resignificó los edificios de oficinas de su momento, pues con su gran altura y diseño en forma triangular (127.30 m divididos en 24 niveles) fue la mayor de su tipo en el continente y el tercer mayor edificio de concreto armado en el mundo. Se trataba de una pirámide moderna que simbolizaba el portentoso modelo de desarrollo económico, y a la vez era la conquista sobre la anarquía urbana que antes prevalecía en los barrios de Nonoalco y Tlatelolco. Impactó como símbolo fundacional de una nueva ciudad y de la vida de sus pobladores. Pronto la supermanzana funcionalista adquirió una impronta original que la distinguía dentro de la urbe, a la vez que la unificaba a ella.¹⁷

¹⁶ Véase Cristóbal Andrés Jácome Moreno, “Las construcciones de la imagen. La serie del Conjunto Urbano Nonoalco-Tlatelolco de Armando Salas Portugal”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. XXXI, núm. 95, 2009.

¹⁷ *Idem.*

En la parte superior de la cubierta lateral de la torre se colocó un mural del artista guatemalteco Carlos Mérida, con motivos tlatelolcas (figura 3), que desde el momento mismo de su instalación empezó a sufrir un deterioro gradual que se incrementó cuando el edificio fue abandonado por Banobras a principios de la década de 1990, y particularmente a consecuencia del sismo de 1985. Y aun cuando el inmueble no sufrió ningún daño estructural y fue adquirido por la iniciativa privada en 2008, sus instalaciones se mantienen vacías. Las fachadas de las edificaciones destinadas a la vivienda mantienen una armonía geométrica (figura 4) en sus distintos espacios, y los colores rojo ladrillo con decorativos de marcolita amarilla clara en las ventanas identifican los edificios más económicos. Por otro lado estaban los inmuebles de mayor tamaño y lujo, donde su color amarillo claro hacía juego con la marcolita de las ventanas, que eran de un tono más oscuro.

La plaza tradicional del barrio de Santiago fue recordada casi a la mitad al momento de introducir la prolongación del Paseo de la Reforma; el actual jardín de Santiago corresponde al lugar en donde se localizaba el famoso mercado prehispánico de México-Tlatelolco. El diseño de Pani para el nuevo jardín consistió en



Figura 5. Acceso poniente al Jardín de Santiago (2008).

quitar el viejo kiosco porfiriano y colocar en su centro un monóptero —un edificio redondo formado por un círculo de columnas que sostienen un techo sin paredes—, cuenta con accesos por cada lado del jardín, orientados a los cuatro puntos cardinales, y las jardinerías se ven entrecortadas por pasillos diagonales, además de amplios andadores en sus laterales que se ven delimitados por la balastrada de cantera estilo neoclásico (figura 5), una réplica exacta del jardín de San Marcos en Aguascalientes.¹⁸

El Jardín Médicos por la Paz —también conocido como Jardín de la Paz— se construyó en junio de 1991 junto a los edificios Ponciano Arriaga, Jesús Terán e Ignacio Comonfort de la segunda sección; lleva ese nombre en conmemoración de los médicos mexicanos por la prevención de la guerra nuclear,¹⁹ y por el hecho

¹⁸ Miguel Ángel Márez Tapia, *op. cit.*

¹⁹ El escultor Carlos Espino realizó el monumento en el marco de XI Congreso Mundial de la Federación Internacional de Médicos por la prevención de la Guerra Nuclear en 1993, donde se condena el lanzamiento de las bombas atómicas en la Segunda Guerra Mundial; se exalta la figura de los médicos para prever un

de que en 1967 se firmó el Tratado de Tlatelolco²⁰ en la antigua cancillería. En el centro se colocó una campana que tiene grabadas las siglas del Congreso; en la parte norte se erigió un ágora donde se realizan actividades culturales, sus jardinerías llevan el nombre de los cinco continentes, y hay un monumento con niños escalando una cima para alcanzar “el sol de la esperanza”.

Tlatelolco en la historia

Un pueblo sin memoria está condenado al “olvido”, puesto que sin ella no sería factible la conservación de conocimientos para transmitir formas de cultura; los objetos son un medio por el cual esa huella se petrifica y permite evocar lo que sucedió en el pasado. Tlatelolco fue el último reducto de defensa de la invasión española a México, las crónicas de Bernal Díaz del Castillo (1943) son elocuentes sobre la gran riqueza encontrada en el templo mayor y la posterior construcción del templo cristiano dedicado a Santiago:

El cimiento de aquel gran cu echaron oro y plata y piedras de chalchihuis ricas y semillas, y lo rociaban con sangre humana de indios que sacrificaban [...], ganamos aquella fuerte y gran ciudad y se repartieron los solares, que luego propusimos que en aquel gran cu habíamos de hacer la iglesia de nuestro patrón y guiador señor Santiago, y cupo mucha parte de la del solar del alto cu para el solar de la santa iglesia para aquel cu de Huichilobos, y cuando habrían los cimientos para hacer-

acontecimiento de ese tipo, y como un símbolo para que los niños puedan alcanzar el sol de la esperanza.

²⁰ El Tratado para la Prohibición de Armas Nucleares en América Latina, mejor conocido como “Tratado de Tlatelolco”, se firmó el 14 de febrero de 1967 en la antigua cancillería. El peligro de que la región latinoamericana ingresara en la confrontación nuclear de las dos superpotencias mundiales provocó la inquietud de gobiernos y mandatarios del continente, y el 21 de marzo de 1963 el presidente de México, Adolfo López Mateos, envió sendas cartas a los presidentes de otros países invitándolos a formular una declaración común, en la cual se anunciara la disposición a firmar conjuntamente con los demás países de América Latina un acuerdo en el que se estableciera el compromiso de no fabricar, recibir, almacenar, ni ensayar armas nucleares o artefactos de lanzamiento nuclear; véase Lucrecia María Eugenia Barrera Romero, *Significado del Tratado de Tlatelolco, política exterior de México ante el problema del desarme*, México, UAM-I, 1993, p. 32.

los más fijos, hallaron mucho oro, plata, chalchihuis, perlas, aljófar y otras piedras.²¹

Enrique Florescano señala que en la segunda mitad del siglo XVIII novohispano existía más interés en definir lo referente a las colecciones de monumentos, así como los testimonios históricos. Así, Antonio León y Gama realizó en 1792 un estudio científico a partir del descubrimiento accidental —debido a obras de reparación en la plaza mayor— de dos grandes monolitos considerados fuentes para explicar “un sistema de ideas”: la Piedra del Sol y la escultura monumental de la Coatlicue. Antes de las reformas borbónicas del periodo de la Ilustración ambas piezas habrían sido destruidas, pero como signo de los nuevos tiempos el virrey Revillagigedo ordenó su protección y conservación.²² Eso provocó una breve reflexión de León y Gama sobre Tlatelolco, resucitándolo del olvido en que se encontraba el discurso preliminar de su magna obra:

Siempre he tenido el pensamiento de que la plaza principal de esta ciudad, y en la cual el barrio de Santiago Tlatelolco se habían de hallar muchos preciosos monumentos de la antigüedad mexicana [...] y habiendo sido la segunda plaza de Tlatelolco el último lugar donde se retiraron y mantuvieron los indios hasta el día de la toma de la ciudad; es de creer que allí hubieran ido conduciendo así sus penates, ó ligeros idolillos, que de todas materias (aún de las más preciosas, según las facultades de sus dueños) fabricaban y guardaban dentro de sus propias casas, como todas las alhajas y tesoros que poseían [...] es pues, de creer, que todo esto, o la mejor parte de ello esté debajo de la tierra de Tlatelolco.²³

Tlatelolco volvió a ser noticia a finales del siglo XIX, dado el interés de España por celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América, cuando México fue uno de los invitados a participar en una gran exposición que tendría lugar en Madrid en 1892. Por ello Porfirio Díaz crea la Junta Colombina con ilustres per-

²¹ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Nuevo Mundo, 1943.

²² Enrique Florescano, *op. cit.*

²³ Citado en Eduardo Matos Moctezuma, “La arqueología de Tlatelolco de la Colonia a los sesentas del Siglo XX”, en *Arqueología Mexicana*, vol. XV, núm. 89, enero-febrero, 2008, p. 40.

sonajes de la época, para realizar trabajos de excavación en la plaza de Tlatelolco y cerca del Tecpan, lo cual fue una gran noticia en los periódicos de entonces.²⁴

Paradójicamente, sería hasta los años sesenta, con la inauguración del conjunto urbano, cuando reviviría la palabra “Tlatelolco”, pues hasta entonces resultaba inadvertida y tenía poca relevancia para quienes habitaban esos barrios, además de que no figuraba en los textos y relatos en las primeras décadas del siglo XX. Raúl de la Torre, oriundo de esos barrios y habitante del moderno conjunto, comentó: “Tlatelolco no existía en el México moderno, no había ningún barrio de Tlatelolco, yo viví y crecí ahí, existía la plaza de Santiago, pero era una plaza, que era el jardín hacia Nonoalco, atrás de eso ya no se llamaba Tlatelolco, se llamaba la Lagunilla, Peralvillo, Tepito”.²⁵ Es importante decir que en los albores de siglo XX era usual referirse al lugar por el nombre cristiano que los españoles habían designado, y por ello el barrio, su aduana, el cuartel y la prisión (parroquia) eran más conocidas como Santiago.

La palabra Tlatelolco jamás volvería a olvidarse debido a dos acontecimientos que marcaron el lugar: la

²⁴ Frente al Tecpan, a un metro de profundidad, se encontraron unas capas de 40 cm de yeso o una sustancia parecida blanca, fina y superpuestas de una manera uniforme como si fueran hojas de papel, profundizando otro metro, se encontró lo mismo; luego otro y al final una escalinata pintada de azul, fabricada con una argamasa parecida al asfalto. Había allí una cripta y cinco osamentas humanas con sus atributos, entre los cuales se distinguen unos pitos o chirimías de barro barnizado, algunos tan completos que se pueden tocar en ellos; un mascarón de tezontle de remota antigüedad, con una abertura en su parte superior donde se ponía el *ulli* sagrado y un sello con la cruz de Quetzalcóatl que servía para que se pintaran la cara los antiguos mexicas. En las demás se recogieron alrededor de 400 ídolos pequeños (penates), de los cuales hay uno que representan la Diosa del Agua y otros a Tezcatlipoca; 1000 dardos y flechas de obsidiana, otra de serpentina, pebeteros de los llamados *humazos* con que se usaban por los indios para sus adornos.

Igualmente están todos los objetos necesarios para el juego de pelota, perfectamente conservados, etcétera. De los objetos grandes se encontraron tres monolitos, uno de los cuales parece ser de piedra de los sacrificios, bastones de mando de barro y de piedras; tres ídolos de barro, huecos; una jarra con mascarones y culebras; una pipa para fumar tabaco, un vaso pintado de verde y azul, de gran ornamentación, y un vaso semejante al de los asirios; *El Monitor Republicano*, 1892, p. 230; citado en Eduardo Matos Moctezuma, *op. cit.*, p. 41.

²⁵ Miguel Ángel Márez Tapia, *op. cit.*, p. 136.



Figura 6. Estela de Tlatelolco, en la Plaza de las Tres Culturas.

masacre de estudiantes el 2 de octubre de 1968, representada en la *Estela* de Tlatelolco (figura 6), escultura de Salvador Pizarro colocada en la Plaza de las Tres Culturas para que los caídos no quedaran en el olvido. Se trata de una obra promovida por los integrantes del Comité 68, inaugurada para conmemorar el 25 aniversario de los sucesos.

El entorno de la plaza se ha reforzado visualmente con la creación de murales sobre el movimiento estudiantil en el módulo norte y central del edificio Chihuahua desde 2008, fortaleciendo la memoria del lugar para no olvidar los atroces acontecimientos de ese día.

El segundo acontecimiento fue el sismo del 19 de septiembre de 1985, el cual marcó un “antes y después” para el conjunto habitacional y provocó un éxodo de habitantes, dando inicio a la compleja etapa de reconstrucción. A partir de ese momento todo cambiaría para la unidad y el evento es todavía recordado por quienes vivieron esa experiencia.



Figura 7. Placa conmemorativa de las víctimas del terremoto de 1985.

La zona que correspondió al edificio Nuevo León fue reutilizada al crear un jardín que lleva ese nombre, donde se localizan tres objetos particulares: el busto del tenor Plácido Domingo, a manera de homenaje por su ayuda brindada a los habitantes de Tlatelolco —debido a la muerte de su familia que vivía en un módulo que se derrumbó ese día—; un monumento a los caídos en el cual puede leerse un poema de Netzahualcōyotl: “Y la tierra tembló y esos nuestros cantos y estas nuestras piedras ya son nuestra mortaja”, además de que se reconoce el amor y gratitud por toda la ayuda brindada a los damnificados (figura 7). En la parte norte de la planta que correspondía al edificio fue construido un reloj de sol (figura 8), y así el astro rey comparte el tiempo con todo aquel transeúnte que lo observa detenidamente. En consecuencia, el tiempo, la pérdida y el homenaje se envuelven en la huella de la tragedia que los objetos construyen en el lugar, dotando de significados y permitiendo la construcción de una memoria que no olvida, una historia del lugar que se ha construido a través de los objetos que la integran.

El patrimonio cultural en Tlatelolco

¿Dónde radica el patrimonio? ¿Quién lo define? A grandes rasgos, patrimonio es todo lo que hemos producido, todo lo que se encuentra en nuestro

entorno, acumulado como grupo en diferentes momentos de nuestra existencia. Se concentra en él toda clase de objetos y relaciones sociales, no hay distinción entre objetos por su singularidad. Incluye por tanto el territorio, y la colectividad guarda un orden interno en sus objetos: es un lenguaje, son ritos y su regulación simbólica son formas de expresión, es el sentido mismo de la vida.²⁶ Pero aun cuando se encontró una importante cantidad de objetos en la plaza de Tlatelolco y el Tecpan a finales del siglo XIX, ello no implicó la identificación o mantenimiento de una relación con el pasado por parte de quienes habitaban ese entorno.

Aquí es necesario distinguir dos procesos implícitos en las preguntas recién planteadas: una cosa es la colección que el Estado o cualquier grupo dominante realiza de objetos del pasado, de lo que le interesa conservar y utiliza a manera de legitimización; y otra cuestión cuando los objetos del patrimonio cultural desempeñan un papel simbólico, pues dan pie para la construcción de un discurso político y conllevan a la misma comunidad a impulsar su conservación. En ambos casos, al tratarse de una construcción ideológica, lo que para algunos es patrimonio para otros no lo es.

La construcción de Ciudad Tlatelolco presentó un problema adicional que permite matizar la reflexión: ¿qué sucede cuando el patrimonio no es del interés de los grupos dominantes? El Estado mexicano de la década de 1960 tenía como prioridad impulsar la modernidad y Tlatelolco simbolizaba el porvenir próspero de una nación pujante, donde lo tradicional era mirado desde el poder como algo que no permitía dicho desarrollo:

En sus inicios el mencionado plan, que recibió el nombre de “Conjunto Urbano Nonoalco-Tlatelolco, Presidente Adolfo López Mateos”, no tomaba en cuenta el valor de la iglesia, el convento, la plaza ni menos aún la zona arqueológica. Por esta particularidad de plan urbanístico fue necesaria una labor de convencimiento, para

²⁶ María Lorea Araceli Mendoza Fernández, *Miradas al pasado y la búsqueda del objeto perdido. Diálogos inconclusos entre la arqueología y la conservación*, México, ENAH, 2006.



Figura 8. Reloj de sol en el jardín Nuevo León.

que no fueran destruidos los vestigios más antiguos, labor que no siempre dio buenos resultados, ya que a punto estuvo el conjunto histórico de ser convertido en estadio deportivo.²⁷

Así narraba el arqueólogo Francisco González Rul el proceso de construcción del conjunto. Sin embargo, los estudios arqueológicos formales en Tlatelolco comenzaron en 1944, encabezados por Pablo Martínez del Río. Este proyecto interesó a Robert H. Barlow, investigador de la Universidad de California, y poco tiempo después de iniciar la exploración del sitio la excavación tuvo frutos con el descubrimiento del Templo Mayor. Cuando la edificación de la unidad habitacional estuvo en marcha, se estableció una oficina de salvamento arqueológico; sin embargo, “[...] los escasos recursos económicos y falta de apoyo, dificultaron dichos trabajos, así como criterios absurdos y con afanes mercantiles frenaron constantemente los trabajos de salvamento, limitando así la obtención de información que actualmente se cuenta sobre el lugar arqueológico”.²⁸

En el terreno considerado para la construcción del proyecto se encontraba una zona prehispánica, que por sus condiciones se consideró como ruinas con alto

²⁷ Francisco González Rul, *Urbanismo y arquitectura en Tlatelolco*, México, INAH, 1998, p. 123.

²⁸ *Idem*.

valor histórico documental y arquitectónico, pero no fue un proceso sencillo, ya que en un principio se pretendía: “[...] destruir todos los restos arqueológicos que sobresalieran de la cota de 32.50 m y cubrir los subyacentes para poder instalar los estanques, por desgracia con ese proyecto todos los basamentos importantes, como el templo calendárico, se encontraban destinados a demolición”.²⁹

Uno de los argumentos esgrimidos por Mario Pani y su equipo de trabajo fue que “¡había tantas y tantas pirámides en México, que destruir o tapar las de Tlatelolco en nada perjudicaba!” En cambio a los arquitectos les permitiría hacer una plaza monumental.³⁰

Con el descubrimiento de la “plaza baja” la zona arqueológica se incrementó en tamaño y frustró los intentos de poner un enorme espejo de agua sobre ella, pues el propósito para la zona es que se pudiera visitar sin ser expuesta al deterioro. Al final se construyó un discreto corredor de visita, donde sólo se aceptó al final un remedo de “espejo de agua” y surtidor en las áreas en que no se encontraron restos arqueológicos, para asemejar la época en que el agua del lago rodeaba el centro ceremonial, algo muy diferente a lo planeado originalmente por los arquitectos del proyecto.

La plaza monumental se construyó a un costado de la zona arqueológica, según señala Ricardo de Robina: “La Plaza de las Tres Culturas delimitada al oriente y al poniente por dos grandes Unidades-Habitación Tipo “B” y al norte y al sur respectivamente por una escuela secundaria y la nueva Secretaría de Relaciones Exteriores conforman un rectángulo de 180 x 220 m, al cual se une por el lado norte el antiguo jardín de Santiago, que a su vez correspondió al espacio abierto del mercado de Tlatelolco”.³¹

Dentro del diseño de la Plaza de las Tres Culturas no se tomó en cuenta la importancia del lugar ni las estructuras, ya fueran coloniales o prehispánicas; así por ejemplo: “Las construcciones prehispánicas y algunas coloniales están orientadas de acuerdo a la posición solar, es decir, de Oriente a Poniente, los edificios modernos lo están al Norte magnético y por ello en el

parque arqueológico de Tlatelolco se ven tan extraños los andadores.³²

Los constructores de la “modernidad” borrarón los barrios de San Miguel Nonoalco y Santiago Tlatelolco (figura 9), tampoco contemplaron respetar los edificios históricos. El primero fue el Tecpan,³³ ya que bajo las órdenes de Mario Pani y Ricardo de Robina “mudaron la fachada principal —mandada hacer por el virrey Bucareli en 1776 con portón central y cinco arcos en la planta superior— a la parte trasera del Colegio de la Santa Cruz, donde permanece”.³⁴ El único testimonio que sobrevivió fue la arcada de siete vanos del recinto que era parte del patio principal del Tecpan, a unos metros de la prepotente y ancha vía asfaltada que conduce a la Villa de Guadalupe, “la construcción con columnas que hoy se ve sobre esos siete arcos es un agregado hecho por el Porfiriato, cuando fue colegio para huérfanos”.³⁵

Cuando se vendió la casa de un familiar de David Alfaro Siqueiros en la colonia Roma, en cuyo interior se localizaba el mural *Cuauhtémoc contra el mito*, éste se trasladó al Tecpan y quedó bajo custodia del INAH; desde entonces el Tecpan fue convertido en “Recinto de Homenaje a Cuauhtémoc”, con lo cual se enaltece la importancia de un ilustre ocupante de este inmueble de supervivencia institucional —conservado como dependencia oficial o civil desde el siglo XIV hasta nues-

³² Francisco González Rul, *op. cit.*, p. 126.

³³ Al centro del extenso tianguis de Tlatelolco se situaba el Tecpan prehispánico, donde residían los jueces que resolvían los conflictos surgidos en ese enjambre de compradores y vendedores. Ellos mismos, después de 1473, recaudaban el tributo que Tlatelolco pagaba a la vecina Tenochtitlán, el Tecpan era su “palacio administrativo”. En el Códice Tlatelolco, documento de mediados del siglo XVI, se ilustra el Tecpan, y en el llamado precisamente Códice del Tecpan de Santiago Tlatelolco, de 1581, se describe la construcción de este palacio y cómo era su distribución. Cuatro grandes patios tenía el Tecpan colonial, entre varias casas para señores importantes, una de ellas destinada para recibir al virrey, y muchos portales que formaban el conjunto. Hasta lo que hoy es la avenida Manuel Gonzáles llegaba el terreno de este palacio con tribunal para la audiencia, cárceles para hombres y para mujeres, casa de descanso, huertas, baños, jardines, fuentes y acueductos; Edgar Anaya Rodríguez, *Ciudad desconocida México. Los 100 lugares más asombrosos*, México, Alebrije, 2010, pp. 173-174.

³⁴ *Idem.*

³⁵ *Idem*, p. 174.

²⁹ *Ibidem*, p. 126.

³⁰ *Idem.*

³¹ Citado en Salvador Alfaro Martínez *et al.*, *op. cit.*, p. 141.



Figura 9. El Tecpan (a la izquierda) en la plaza central del barrio de Santiago Tlatelolco (1956). Foto: Archivo Histórico de la Fundación ICA.



Figura 10. Fachada de la garita de Peralvillo.

tros días—, el tlatoani Cuauhtémoc, último emperador mexica.³⁶

El otro edificio histórico semidestruido fue la Aduana del Pulque (figura 10). A partir de 1753 el primer conde de Revillagigedo ordenó el cobro de los impuestos respectivos en la garita situada en la calzada de Peralvillo, y aun cuando en 1931 fue declarado monumento nacional, únicamente su fachada se mantendría en pie, toda la estructura que albergaba su patio central y la parte trasera fue derrumbada, ante el paso de la implacable “modernidad” en la prolongación de Paseo de la Reforma.

Paradójicamente, luego de la destrucción parcial de esos recintos históricos Tlatelolco fue designado centro de irradiación cultural por el presidente López Mateos, y junto con los auditorios, teatros y cines que se construyeron, se dispuso crear tres museos permanentes que contribuyeran a la enseñanza de la historia y sirvieran como difusión de nuestra cultura:

Uno será el museo de Cuauhtémoc, “el único héroe a la altura del arte”, que se construirá donde antes estaba el “Tecpan”, del cual se conservarán las arcadas originales y la fachada que mandó construir el virrey Bucareli. Estará dedicado a enaltecer la memoria del héroe y a narrar objetivamente su vida y sus hazañas. Otro ocupará el edificio, convenientemente restaurado en que se encontraba el

Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco donde enseñó fray Bernardino de Sahagún y donde los alumnos, una vez conocida por ellos la escritura, suministraron a los cronistas los materiales indispensables para sus relatos históricos. En este museo los visitantes podrán ilustrarse sobre los sucesos más sobresalientes de la historia de Anáhuac, desde la fundación de Tenochtitlán hasta la épica caída de Tlatelolco, el 13 de agosto de 1521. El tercer museo permanente será el museo del pulque [...] que estará situado donde por mucho tiempo estuvo la célebre aduana de pulques.³⁷

Sin embargo, el presidente Gustavo Díaz Ordaz no compartió las encomiendas del titular anterior, cediendo dos recintos a la Secretaría de Relaciones Exteriores (la aduana y el antiguo colegio); además, los acontecimientos de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas cortaron de tajo todo proyecto de investigación arqueológica, y lo que antes fue considerado patrimonio dejó de serlo para los grupos en el poder. Así, Luis Echeverría Álvarez “no permite que la imagen del país se deteriore evitando la continuación de los trabajos en Tlatelolco”,³⁸ por ello se envió a los arqueólogos a sitios de otros estados de la república.

Diversas voces de la comunidad tlatelolca durante ese tiempo sombrío se escucharon en Tlatelolco para reclamar la construcción de un museo de sitio, pero

³⁷ Banobras, *Conjunto Urbano Nonoalco-Tlatelolco, una realización del presidente López Mateos*, México, Banopsa, 1963, p. 139.

³⁸ Palabras del arqueólogo Salvador Guilliem en la revista comunitaria *Vivir en Tlatelolco*, núm. 22, abril 2005.

³⁶ Carlos Flores Marini, “El Tecpan de Tlatelolco”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 37, 1968, p. 53.

sólo hasta 1991, con el aval de cinco mil firmas y a iniciativa de los mismos habitantes, quienes constituyeron la Asociación para la Defensa del Patrimonio Cultural de Tlatelolco, A.C., se hizo la petición formal —mediante el anteproyecto “Museo Tlatelolco”— a Guillermo Orozco Loreto, delegado político en Tlatelolco, para la creación de un centro cultural que estaría integrado de un museo.³⁹

Como consecuencia de los terremotos de 1985, en el área que ocuparon los edificios Guelatao y Churubusco, ubicados en la esquina de Eje Central Lázaro Cárdenas y Manuel González, se propuso erigir el museo, dado que el presidente Miguel de la Madrid Hurtado —en el punto 6 de los lineamientos a seguir en la reconstrucción de Tlatelolco— había dispuesto: “Someter las decisiones del uso del suelo que será desocupado al consenso de la comunidad, procurando el fortalecimiento de actividades sociales, culturales o educativas”. En el anteproyecto se contemplaba la creación de un museo activo, un espacio de la comunidad en donde se conjuga conocimiento y actividades educativas.

Esta iniciativa no tuvo eco en la gestión de Carlos Salinas y Gortari, aun cuando se trabajó conjuntamente con el encargado de la zona arqueológica en ese momento, el arqueólogo Salvador Guilliem, debido a que el INAH había iniciado otro proyecto de investigación en 1987, a fin de comparar los avances de las exploraciones en las ciudades gemelas (Tlatelolco-Tenochtitlán). La pregunta se repite: ¿de quién es el patrimonio, a quién sirve? Veinte años después el INAH anuncia la apertura de Museo de Sitio Caja de Agua en Tlatelolco, donde el público podrá apreciar por primera vez las escenas del mural más antiguo de México, el cual data de 1536,⁴⁰ y permite compartir la idea ya señalada por Mendoza: el dilema que presenta el patrimonio cultural es que sólo unos objetos han sido legitimados por los grupos dominantes,⁴¹ el museo mismo es una institución de poder que legitima al Estado y lo que se

halle en su interior depende generalmente de la voluntad de esas decisiones hegemónicas.⁴²

Consideraciones finales

En el diseño de Ciudad Tlatelolco Mario Pani manifestó una expresividad simbólica mediante los objetos que dieron “cuerpo” a todo el conjunto urbano, mediante diferentes tipos de edificios que representaban una “revolución pacífica” a partir de la idiosincrasia y construcción ideológica del grupo político que se encontraba en el poder. El devenir nacional se presentaba en una historia integrada en las etapas de Independencia, la Reforma y los estados de la República representados en cada edificio.

Esto propició una regeneración urbana a partir de la implantación de un nuevo tipo de hábitat influenciada por las ideas de Le Corbusier. El diseño de Tlatelolco por medio de los objetos encontró la expresión legítima de un modo de vivir y ver el mundo en la década de 1970, configurándose tanto en la vida material y las ideas. La zona central de la ciudad de México, considerada para el gobierno como lugar de “tugurios”, deteriorada e insalubre, se transformó en espacios verdes que constituían la espina dorsal del nuevo conjunto, a fin de llevar una vida higiénica en un ambiente más agradable.

El discurso moderno que implicó la construcción de Tlatelolco mantuvo una compleja coexistencia con el patrimonio cultural de la zona arqueológica y edificios históricos. Las reflexiones sobre quién detenta el patrimonio cultural es una discusión que se mantiene abierta, y mediante una lectura histórica realizada sobre la conservación del patrimonio en el conjunto urbano permite reflejar el protagonismo de Tlatelolco como actor permanente en la historia de nuestro país, pero al mismo tiempo da cuenta de que aún conserva varios misterios, y sigue aportando valores estéticos, culturales y sociales.

Por ello la delegación Cuauhtémoc decidió incluir a Tlatelolco como zona patrimonial dentro de su Programa de Desarrollo Urbano en 2008, lo cual implica que la discusión se mantiene vigente, con nuevos cuestionamientos sobre el patrimonio de los edificios “modernos” en un entorno cuya construcción está cerca de cumplir medio siglo.

⁴² Benedict Anderson, “El censo, el mapa y el museo”, en *Comunidades imaginadas*, México, FCE, 1993.

³⁹ Oficio de la Asociación para la Defensa del Patrimonio Cultural de Tlatelolco, A.C., fechado el 24 de septiembre de 1991.

⁴⁰ Boletín de prensa del INAH proporcionada por la encargada del sitio, Lucía Sánchez de Bustamante, en junio de 2011.

⁴¹ María Lorea Araceli Mendoza Fernández, *op. cit.*